

# Lo que sea de cada quien Aún hay más, Raúl Velasco

Vicente Leñero



Raúl Velasco

Ambos conocíamos de tiempo atrás a Raúl Velasco. Ignacio Solares más porque trabajó con él en las páginas de espectáculos de *El Heraldo*, aquel diario propiedad del magnate Gabriel Alarcón parecido a lo que hoy es el *Reforma*. Hasta que un día Solares se fugó del periódico y se fue a trabajar conmigo, en los años sesenta, a la revista *Claudia*.

Pese a haberlo mutilado de su mano derecha, Raúl mantuvo conmigo el buen trato que me dispensó desde sus tiempos de reportero en *Novedades*. Había ido ascendiendo, ascendiendo, y soñaba con convertirse en un *showman* a la manera norteamericana. Lo consiguió cuando también él se fue de *El Heraldo* y empezó a conducir un programa de variedades en aquel canal 8 de la llamada Televisión Independiente de México.

Apenas los Azcárraga unieron sus tres canales con el canal 8 para formar Televisa, Raúl se convirtió en el más popular de los animadores de nuestra lamentable televisión comercial. Primero con *Domingos espectaculares* y luego con *Siempre en domingo* —cuyo estribillo machacón era el “aún hay más” con que anunciaba los cortes entre cantante y cantante— adquirió pronta fama y muchísimo dinero.

Sus críticos lo acusaban de petulante y mamón, mientras sus seguidores lo consideraban un ídolo. Y él se la creyó.

Así fue como adulado por sus *fans* y amparado por sus jefes máximos, Raúl Velasco forjó en su cabeza la peregrina idea de filmar un largometraje sobre sí mismo. Él en persona en el papel de protagonista: creador de estrellas del espectáculo y benemérito de causas sociales.

Fue entonces cuando telefoneó a Ignacio Solares para proponernos que él y yo tuviéramos el honor de escribir el guión de su ambiciosa película.

Nacho me lo contó riéndose a sabiendas de mi reacción.

—¿Pues quién se cree este buey? ¿Frank Sinatra? ¿Howard Hughes?

Desde luego ni Nacho ni yo pensábamos aceptar, pero nos dio curiosidad —morbo, más bien— asomarnos a la nueva personalidad egolátrica de nuestro viejo amigo.

Nos invitaba a desayunar el día que dijéramos en el restorán que eligiéramos.

Empecé por proponer una maldad:

—Dile que en el Aunt Jemima's de la Zona Rosa, órale.

—¿El Aunt Jemima's? —se sorprendió Solares.

Quizá recuerde el lector que el Aunt Jemima's de la Zona Rosa era un restorán convencional donde los padres de familia llevaban a sus niños a desayunar *hot cakes* miniatura y espectaculares malteadas. Nada apropiado para un magnate de la televisión.

Raúl Velasco llegó al lugar diez minutos tarde en dos carrozas: un Mercedes Benz y un cuatro puertas ocupado por guaruras que en ese entonces sólo utilizaban los políticos mayores. Vestía un impoluto saco de lino blanco, cortado a la medida por supuesto, chaleco a juego y corbata de seda. Elegantísimo.

Saludos. Abrazos. Su acartonada mueca del “aún hay más”. Fingía sentirse feliz de vernos, pero indudablemente incómodo, fuera de sitio, en el ridículo Aunt Jemima's.

Tomamos asiento. Él frente a mí y Nacho a su izquierda. Se aproximó la mesera. Sin titubear un segundo, Nacho y yo pedimos *hot cakes* y malteadas de fresa. Él coincidió con la malteada, pero luego de unos segundos ordenó chilaquiles como si estuviera en Los almendros.

Apenas nos trajeron las malteadas en vasotes enormes, Raúl Velasco inició la reta-

híla del proyecto cinematográfico. Su petulancia, su importantismo, su papel bien aprendido de famoso me sacaron de quicio y me hicieron cometer un accidente que Solares calificó después de acto fallido.

Estiré la derecha para interrumpir la idiotez que acababa de proferir el interfecto, pero mi mano tropezó antes con mi vaso de malteada, ese vaso chocó con el suyo, y el espumoso contenido de los dos recipientes volcados se derramó como un vómito lechoso sobre el saco de lino blanco cortado a la medida del *showman*.

—¡Hijo de la chingada! —gritó sin contenerse Raúl Velasco.

—Perdón, perdón —exclamé yo.

Nada que hacer. Imposible salvarlo ya del manchonazo que lo bañaba de la cintura para arriba.

—En la madre.

Saltamos apuradísimos Nacho y yo. Acudió corriendo la mesera. Aterrizó un guarura como si hubiera ocurrido un atentado. Se conmocionó el Aunt Jemima's.

—Pero cómo me haces esto —chillaba Raúl.

Sacudiéndose y embarrándose las manos de malteada, el infortunado propuso entre dientes, hinchado de rabia, que dejáramos el asunto para otra ocasión pero en un lugar decente, cabrones.

El guarura lo tomó de un brazo y así, embarrado y frotándose con un pañuelito, Raúl Velasco huyó de nosotros para siempre.

Nacho Solares se carcajeaba después:

—Le hubieras dicho: Aún hay más, Raúl, te faltan los chilaquiles. **U**